

**DE PANAMÁ**

**EL  
GUERRERO,  
DE LA  
PANAMEÑA  
ACRACIA  
SARASQUETA  
DE SMYTH\***

*Franz García de Paredes*

.....

Según Pedro Henríquez Ureña, *Jicoténcal*, de autor anónimo, marca “los comienzos del romanticismo en la América española...”<sup>1</sup>. Esta novela, que trata de la conquista de México, es la primera novela histórica escrita en castellano. Con ella se inicia la tradición de este subgénero en las letras hispanoamericanas. Fue, pues, en el período romántico cuando este tipo de novela nació y adquirió su mayor auge,

\* Acracia Sarasqueta de Smyth (1913-2000), nacida en Panamá, ha publicado cuatro novelas: *El señor Don Cosme* (1955), *El guerrero* (1962), *Valentín Corrales, el panameño* (1967) y *Una dama de primera* (1999). Ha obtenido en dos ocasiones el Premio Ricardo Miró. Sus novelas son generalmente de ambientes rurales y de asuntos históricos. Sus finos dotes de observación y su capacidad para fundir la historia con la ficción, logran darle a sus mundos narrativos densidad y verismo.

<sup>1</sup> *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana), México, 1918, p. 128.

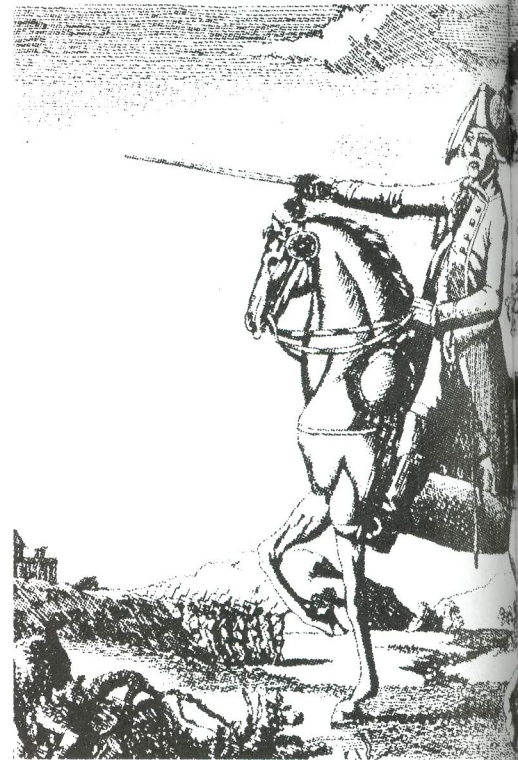
hasta convertirse en un fenómeno de moda. Sin embargo, la novela histórica no desapareció como género con la finalización de este período, sino que siguió cultivándose en períodos siguientes hasta 1900. Tampoco se detiene aquí la publicación de novelas históricas a lo largo del siglo XX, a pesar de las dificultades del género.

Pero hablar de novela histórica sin definir los rasgos que la caracterizan y, lo que es más importante, sus concreciones en el devenir del proceso empírico de la narrativa de Hispanoamérica, no hará más que confundir el valor que puedan tener sus aportaciones individuales. La novela histórica ha sido definida por Enrique Anderson Imbert en estos términos:

Llamamos “novelas históricas” a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista. Esa acción por imaginaria que sea, tiene que entrelazarse por lo menos con un hecho histórico significativo. Los materiales tomados de la historia pueden ser modificados o no; pero aun en los casos que permanecen verdaderos, al fundirse en una estructura novelesca cambian de valor y se ponen a cumplir una función estética, no intelectual. Es decir que los objetos históricos se transmutan en objetos artísticos<sup>2</sup>.

Obsérvese que en la cita anterior Anderson Imbert habla de

<sup>2</sup> “Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX” en *Estudios sobre escritores de América*, Editorial Raigal (Biblioteca José María Gutiérrez), Buenos Aires, p. 26.



novelas históricas y no de novela histórica. Piensa el crítico argentino que el concepto de la novela histórica “es solo un ente abstracto, un concepto con el que pensamos ciertas obras particulares, todas diferentes entre sí”<sup>3</sup>. De ahí que la novela histórica hispanoamericana se haya plasmada en una multiplicidad de asuntos, temas y estilo.

Uno de los asuntos más explotados por los novelistas que cultivan el género es el asunto indígena, que ha sido tratado desde muy diversos puntos de vista. Este amor por las tradiciones indígenas, en la mayoría de los casos tiene una función primordialmente didáctica, pues la exaltación y recreación de los héroes indígenas y sus costumbres tribales son considerados por ellos como elementos claves para la reafirmación de la conciencia nacional de los pueblos americanos. A

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 36.

falta de una historiografía nacional dedicada al estudio del mundo prehispánico y colonial, los novelistas optaron por llenar ese vacío y de esa manera explicar la figura del indio como representante de la nacionalidad americana.

En Panamá, si se descuentan algunos acercamientos al género, la primera novela histórica es el *Tesoro del Dabaybe* (1934)<sup>4</sup>. Desde entonces en muy contadas ocasiones el género ha captado el interés de los novelistas, a pesar de la riqueza de nuestro pasado histórico.

De este selecto grupo de textos podemos mencionar *El Guerrero* (1962)<sup>5</sup>, novela de asunto indígena, cuya autora es Acracia Sarasqueta de Smyth (1914-2000). *El Guerrero* está dividida en tres partes, que son: Veragua, Itabé y la Flecha de Pluma, y se cierra con una conclusión a manera de epílogo. En ella se narra la vida del cacique Urracá y su participación en la lucha contra los conquistadores españoles.

Comienza evocando el nacimiento de Urracá y de cómo fue elegido por su padre Babadá para ocupar el puesto de cacique, como consecuencia de haber sido señalado por los dioses de la luz y del fuego. Sigue con su educación y formación como guerrero, su matrimonio con Glarí y termina con el ascenso de Urracá a gran cacique

de Los Llanos Colorados.

La segunda parte se introduce con la mención de la muerte de Babadá, el viejo cacique, y continúa con las ingentes gestiones que lleva a cabo el nuevo cacique con el propósito de unificar las tribus guaymíes de Veragua; el reencuentro con Itabé, la bella princesa indígena a quien había conocido cuando era niña, y su promesa de hacerla su esposa y reina de Los Llanos Colorados; la guerra contra el cacique Fatanaguá y las noticias de la irrupción de los españoles en otros lugares del territorio panameño.

La tercera parte narra el sitio de Natá y la intrépida resistencia que le opusieron los caciques guaymíes a las huestes de Pedrarias; la trampa que le tiende el español Francisco Compañón a Urracá y su prisión; su fuga de la embarcación que llevaba a Nombre de Dios y su matrimonio con Itabé.

En la conclusión se narra la vuelta de Urracá a su hogar en Los Llanos Colorados y el abandono de los bohíos del lugar para dirigirse hacia la sierra en donde el cacique construye su nueva casa en la que vivió hasta su muerte.

En el narrador de la novela *El Guerrero* se distinguen con claridad las características de un narrador impersonal. Es un narrador omnisciente que tiene un completo y total dominio del mundo narrado, lo que permite elaborarlo a su entera discreción. No hay que olvidar que la distancia temporal que separa al narrador de los acontecimientos narrados es casi de seis siglos. Si bien es cierto que esta distancia le permite recrear los acontecimientos

históricos, estos se manifiestan a través de fuentes referenciales, y no con la singularidad con que el narrador se enfrenta al mundo. Los escasos rasgos personales que lo comprometen se limitan a su interés por informar al lector de los cambios toponímicos que se dan en los espacios donde se desarrollan los acontecimientos, tal como muestran estos ejemplos.

El niño aborígen que nació de la noche en que un enorme aerolito se desprendió de quien sabe qué región sideral para caer en un lugar cercano a la costa del golfo, llamado hoy de Montijo<sup>6</sup>.

o este otro:

Un amanecer, las raudas piraguas de Badabá, con expertos remeros y guerreros, partieron del estero cercano al poblado principal de Ponugá, hoy llamado el Estero de la Capitana<sup>7</sup>.

Por otro lado, el narrador se cuida mucho de expresar comentarios y reflexiones sobre el contenido del mundo, salvo en escasas ocasiones como la siguiente en que se exalta a los cuatro caciques paladines de la libertad en la tierra guaymí:

Los nombres (...) deben ser escritos en los corazones de todos los americanos con letras de fuego que los muevan a luchar por la libertad, hasta la muerte si es necesario<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> Octavio Méndez Pereira, *El Tesoro del Dabaybe*, Talleres Gráficos "Benedetti", 1935. Hay una segunda edición de 1936, hecha en Madrid por Ediciones Nuestra Raza que aparece con el título de *Núñez de Balboa (El Tesoro de Dabaybe)*.

<sup>5</sup> Imprenta Nacional, 1962.

<sup>6</sup> *El Guerrero*, p. 16.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 312.

Esta impersonalidad que caracteriza al narrador dificulta la comprensión del mundo de la novela, pues aunque hay mucha elaboración pareciera que el narrador recrea una realidad que ya está elaborada en las fuentes históricas, por lo que el sentido de la novela solo se puede extraer de los propios acontecimientos.

En *El Guerrero* los personajes están caracterizados de una manera funcional y dinámica. En vez de ser descritos en bloques estáticos, sus rasgos físicos y de carácter se van mostrando a medida que su desempeño en los acontecimientos así lo exige. Este tipo de caracterización es el que le permite captar los cambios que se dan en la evolución de los personajes. Aunque una lectura superficial da la impresión de que los personajes de la novela aparecen divididos en dos bandos con su consecuente caracterización de buenos y malos, lo cierto es que esto queda desvirtuado si se toma en cuenta que el mundo indígena se nos muestra de por sí dividido por rivalidades irreconciliables como las que promueven algunos caciques como Fatanaguá y Cebaco, entre los más sobresalientes. De ahí que en el bando de los conquistadores se establezca una diferencia entre los que observan los preceptos de la religión católica y los que andan por el mundo sin Dios ni Ley. El que mejor representa esta visión católica en el bando español es el capitán Diego de Albítez. Este fiero y experimentado soldado español, después de todos los horrores que le toca presenciar en las Indias, observa una actitud distinta de la del resto de sus compañeros. En su comportamiento con el prójimo y hasta con sus enemigos, Al-

bítez muestra misericordia y compasión.

Dios justiciero, también yo he de morir con ellos, puede que sea hoy mismo. Ellos habrán sido juzgados como inocentes porque no te conocían, pero yo, yo no me podré escapar de tu justicia. Perdóname, Oh Dios, por Jesús que vino al mundo a enseñarnos a ser buenos y amar al prójimo<sup>9</sup>.

Como contraste a esa actitud tenemos la del capitán español Francisco Compañón, que en toda ocasión piensa en la venganza y en mostrar su odio hacia el indígena:

Con cuánto gusto le ajustaría las cunetas a ese tipo. No olvidaré la banda de oro que lleva en la cabeza ni sus plumas blancas ni su cara. Con qué alegría lo puyaría, lo cortarían, le machacarían las manos y le echaría agua encima...<sup>10</sup>.

En lo que respecta a la descripción del espacio físico y humano, no se advierte predilección por parte del narrador de exaltar el paisaje, y en el entorno humano, a pesar de su abundancia de descripciones, fiestas, ceremonias y costumbres tribales, estas están muy lejos de ser presentadas como cuadros de costumbres. Es una descripción escueta, carente de color local, que más bien trata de explicar o informar, que de exaltar las tradiciones del mundo indígena. Un ejemplo de esto lo tenemos en la

descripción que hace el narrador de la balsería, uno de los juegos más conocidos de los indios. Un fragmento mostrará lo que venimos comentando:

En la plaza donde se llevaba a cabo (la balsería) para los nobles se bailaba y jugaba al sonido del canto ceremonial y de los instrumentos que tocaban expertos en el arte de la música ceremonial y deportiva. Los tambores y el clarín de madera en forma cilíndrica terminado en una bola redonda de cera, con su tono épico, ponían una nota viril que contrastaba con el sonido de las flautas de caña y de hueso de vengo y las campanillas de oro<sup>11</sup>.

A pesar de su anacronismo y de la carencia de una definida perspectiva ideológica para interpretar en toda su complejidad el hecho histórico que recrea, *El Guerrero* es una novela bien narrada y escrita en un lenguaje sobrio y funcional. Trata de rescatar la figura de un héroe de la nacionalidad panameña que tuvo como mérito ser uno de los primeros habitantes del mundo americano que resistió las fuerzas invasoras de los españoles y se nos propone como ejemplo y guía de cómo debemos comportarnos los panameños. En este sentido la novela cumple la función didáctica que se propuso.

Edición Conmemorativa Centenario de la República de Panamá (1903-2003), Asamblea Legislativa

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 350.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 250.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, pp. 60-61.